



IV.

M. GERMAN.

Al principio la atención de las gentes del pueblo no se fijó demasiado en la persona del viajero, porque aun cuando se distinguía bastante por su aire y por sus modales para no ser notado, no era aquel un rincón tan apartado del mundo, que alguna vez no pasaran por allí personajes nunca vistos. Así es que lo vieron sin admiración, lo cual no quita que lo miraran con esa curiosidad impertinente vulgar que revela poco mundo y una educación bastante descuidada.

La curiosidad que su presencia pudiera despertar en las mujeres tenía su excusa. Se trataba de un hombre joven, desconocido, de semblante apacible aunque algo triste, de mejillas pálidas, de cabello ensortijado, y de barba fina, larga y

casi rubia. Ciertamente no descubría en sus vestidos, ni esmero, ni estudio, ni opulencia; y, sin embargo, mejorado un poco su aspecto suntuario, y algo más erguida la cabeza, habría pasado por un príncipe que viajaba de incógnito.

A los pocos días de su permanencia en el pueblo, la curiosidad pasó de los ojos á las lenguas; no sólo atraía las miradas, sino que también era objeto de las conversaciones; porque, ¡ya se ve!, á nadie trataba, ni á nadie conocía. Se le veía salir de la posada con su gran cartera debajo del brazo, cruzar las calles de la población, y alejarse unas veces en una dirección, otras en dirección opuesta, á grandes distancias, recorriendo los alrededores del pueblo. Trepaba como cabra por los riscos que subían al castillo, ó descendía á la ribera, perdiéndose entre los árboles de las huertas.

Se le encontraba algunas veces mudo é inmóvil como una estatua, contemplando absorto el paisaje que se desenvolvía delante de sus ojos, ó sentado en una piedra, con la cartera abierta sobre sus rodillas y un lápiz en la mano, trazando líneas misteriosas y contornos fantásticos. De noche, sobre todo las noches de luna, se le veía también vagar como una sombra por las soledades del despoblado.

¡Qué hombre tan raro!... Sólo una vez había puesto los pies en el casino, y para eso no hizo

más que entrar y salir. Saludaba cortésmente, sin entrar nunca en el calor de las conversaciones, y se mantenía á cierta distancia, sin intimar con nadie. Vamos, este hombre extraño era un arca cerrada, que hacía devanar los sesos á todos los curiosos.

¿De dónde venía?...

¿Qué aires lo habían traído?

¿Qué hacía allí tanto tiempo?

¿Qué buscaba en el pueblo?

¿Estaría loco?

¿Sería algún criminal fugitivo?

Todas estas preguntas se cruzaban como los hilos de una maraña, sin poder tejer respuesta ninguna. La curiosidad de la gente desocupada daba martillazos, muchos martillazos, siempre en la herradura y nunca en el clavo; y entre tanto la imaginación se iba por los cerros de Úbeda, la maledicencia se despachaba á su gusto, y todos, quieras que no quieras, echaban su cuarto á espadas.

Empezaba á sentirse cierta excitación contra el forastero, y el *rum, rum*, rodando de boca en boca, crecía como una bola de nieve. Se veía algo de fatídico en su figura, y la reserva de su conducta aparecía sospechosa á los ojos de aquellos que, como los elefantes, según Plinio, sentían crecer la hierba. Aquel ser, tan encerrado dentro de sí mismo, era ya la pesadilla del pue-

blo, y la cosa podía llegar á mayores, y llegó hasta las regiones oficiales. El Alcalde hizo el caso cuestión de orden público, y resolvió, en vista de la gravedad de las circunstancias, intimar al forastero misterioso la orden de abandonar el pueblo.

¿Vds. saben lo que es un Alcalde? Pues bien; un Alcalde constitucional es un pobre diablo ó un bribón, y en cualquiera de los dos casos, un hombre capaz de todo. Y téngase en cuenta que no se trataba aquí de un Alcalde de monterilla, sino de un Alcalde de hongo, y de hongo de moda. Á su autoridad no se le cocía el pan, y se le hacía la masa vinagre, pensando en el golpe de energía que iba á descargar sobre el forastero desconocido.

Mas aquel motín pacífico, y hasta oficial, no contó con la huéspeda, y la huéspeda era Rosalía Guillén y Guillén, viuda de Guillén, que por una extravagancia de carácter, tendió el manto de su protección sobre la persona del viajero amenazado; y como no se mordía la lengua, llamó sencillamente imbécil al Alcalde en sus propias barbas.

Entonces se supo que el personaje fatídico de conducta sospechosa era francés, pintor de paisajes, que viajaba por España tomando apuntes de las vistas más notables. Esto lo decía la rica propietaria sin que nadie la contradijera, y en

verdad, ¿con qué datos habían de contradecirla?

El primo, no obstante, se rascaba la frente, preguntando:

—¿Por dónde sabe mi prima todo eso?

—¡Por dónde! (le contestaban): por él mismo. ¡Ya se ve! Como que son amigos.

—¡Amigos! (exclamaba.) ¿Desde cuando?

—¡Toma! (le replicaban). Desde ahora. Hace muy pocos días que el pintor fué á sacar una vista de la Torre de los Guillenes, en ocasión en que estaba allí Rosalía, y no ha sido menester más; ya son uña y carne.

Guillén volvió á rascarse la frente, torciendo la boca con aire pensativo, y uno de sus compañeros de casino, de juego y de holganza, rival suyo por más señas, encontró ocasión de vengarse de los desaires de Rosalía, y le puso el paño al púlpito, diciendo:

—Este hombre está en babia; y no sabía que el pintor y la prima se han encontrado manos á boca en la Torre de los Guillenes. Ella iría á pasar la tarde, porque en el pueblo se aburre, y él á tomar una vista. ¿Pintor dijiste? Pues, dicho y hecho. Á la viuda la educaron en un colegio, sin duda porque iba para princesa, y aunque se torció el carro, sabe también hacer garabatos en el papel, y pinta montes y árboles y casas de campo, y aquí te quiero escopeta.... Apuesto doble contra sencillo á que hay moros en la costa,

y una vez la pelota en el tejado, no hay más que llegar y besarla durmiendo. ¿Qué dicen Vds.? ¿Que el pintor se irá mañana, y si te vi no me acuerdo?... Nones: que el mozo no parece rana, ni derrocha ningunas grandezas, y si pesca á la viuda,oros son triunfos.

El primo Guillén, que así se le llamaba en el pueblo, oía las reflexiones de su amigo con una cara de todos los demonios, pues aunque quería reirse, no lo conseguía, y su boca era un puro visaje. De repente le ocurrió una idea, y entonces se sonrió, diciendo:

—Mi prima puede hacer de su capa un sayo; y haga lo que quiera, no ha de quitarme el sueño. Se casó con un viejo, porque era Guillén. ¿Se casará con un pintor porque es joven? No me importa. Pero, vamos á cuentas: ¿quién sabe si ese pintor es casado?....

—No tiene cara de marido,—le contestaron.

—Es soltero (añadió el Alcalde, cogiendo al paso el hilo de la conversación). Me consta oficialmente.

En los pueblos, donde todo el mundo se conoce, las gentes se tratan, se tutean y, por regla general, se aborrecen; los casamientos se tejen en el telar de las conversaciones ociosas y de las murmuraciones de vecindad, mucho antes que los presuntos novios piensen en ir á la Iglesia. Por ese aturdimiento tan común en la inconstan-

cia de las opiniones públicas, la del pueblo en que nos encontramos pasó de la noche á la mañana por la más violenta transformación. Se acostó, digámoslo así, decidida á echar lejos del pueblo al pintor de paisajes, y amaneció dispuesta á casarlo—¡friolera!—con la viuda de Guillén. Con la misma frescura que lo había llevado antes á la roca Tarpeya, lo conducía ahora á Capitolio.

Por consiguiente, el matrimonio entre el pintor y la viuda era pan comido, y los trámites del caso habas contadas. En las extravagancias de la descendiente de los Guillenes cabía, como en un saco vacío, la locura de aquel casamiento, y en cuanto al pintor, se daría con un canto en el pecho por atrapar el gato de la viuda. Mientras no llegaba el momento de la bendición, habría entre ellos sapos y culebras; pero los dos eran libres, y el caso trascendía á boda á cien leguas.

Voz del pueblo, voz del cielo. ¡Ah, cuántas veces no son verdad tan respetables palabras!

¿Qué había en este asunto, que era ya el objeto de todas las conversaciones?... Había algo: el pintor y la viuda se habían encontrado, y se habían reconocido, poco más ó menos, como dos medias naranjas. Encajaban bien los caracteres, las inclinaciones y los gustos... Se encontraban bien el uno cerca del otro... Sus conver-

saciones íntimas eran siempre las mismas... el Arte. M. Germán le descubría un mundo desconocido de tonos, de luz, de sombras, de perspectivas, de bosques misteriosos, de riberas silenciosas, de cielos y de nubes, de soledades encantadas llenas de ideas, de vida y de sentimientos. La viuda lo oía con la boca abierta, y los dos, vueltos de espaldas al mundo de las realidades, se perdían en el mundo de las creaciones. No eran dos amantes que mutuamente se contemplan; eran dos artistas entretenidos en contemplar los cuadros del gran museo de la naturaleza. En realidad, no había más que esto.

Así pasaron muchos días, hasta que llegó uno en que el pintor iba á continuar su viaje.

—¡Como es eso! (exclamó Rosalía.) ¡Bah, señor Germán; eso es una locura!

— Me he detenido aquí (le replicó el paisajista) mucho tiempo, y he recogido ya bastantes apuntes.

—¡Mucho tiempo! (repitió la viuda.) ¡Dos meses! ¿Y qué son dos meses?... Además, estamos á mediados de Marzo, y esto hay que verlo en Abril. Esos apuntes están tomados á oscuras, y hay que rectificarlos á la luz de la primavera. No hablemos más de viaje.

M. Germán se inclinó en señal de obediencia, y no se habló más del asunto.

Á todo esto, el primo Guillén parecía resuelto á tomar las cosas como vinieran.... Visitaba á su prima con más frecuencia que antes, y aunque la procesión fuese por dentro, no quería, sin duda, disgustarla, y se había hecho amigo de M. Germán.





V.

CRIMEN.

LEGÓ Abril, y amaneció un día alegre y risueño, coronado de pámpanos y de flores. La primera luz de la mañana comenzó á desatar sobre el paisaje el lujo inagotable de sus ricos colores. Á su paso, las nubes del horizonte se convertían en anchos cortinajes de púrpura recamados de oro, relampagueaba en el agua, hacía platear á lo lejos el verde ceniciento de los olivares y el verde aterciopelado de los viñedos, esmaltaba los montes, se cernía como polvo luminoso sobre la llanura, resplandecía en el aire y azulaba los cielos. Semejante á un pincel prodigioso, manejado por mano invisible, el paisaje iba saliendo de la oscuridad, haciendo huir las sombras delante de sus vigorosos rasgos. ¡Qué corrección de líneas! ¡qué pureza de contornos! ¡qué profundidad de pers-

pectiva! ¡qué viveza en el colorido! ¡qué novedad en los detalles! ¡qué naturalidad y qué gracia en el conjunto! Todas las aspiraciones del Arte se hallaban realizadas, y cuatro pinceladas de luz, lanzadas con supremo desenfado, bastaban á dar vida al magnífico lienzo de la naturaleza.

Pero aquella luz soberanamente artista, que, reflejándose en la bóveda azul del cielo, iluminaba las lobregueces de la tierra, no se daba por contenta con su propia admiración, y, penetrando por las rendijas de las puertas, por las aberturas de las chimeneas, por los agujeros de las cerraduras y por los vidrios rotos de las ventanas, llegaba hasta los ojos dormidos de los vecinos, como si quisiera despertarlos para decirles: « ¡Eh!... ¡Vaya un día!... »

Solamente delante de la boca cavernosa de la sima hacía alto, horrorizada; luchaba un momento con la ciega oscuridad que subía del abismo, y huía espantada, dejando entre los dientes de la caverna girones despedazados de su manto luminoso.

La población comenzaba á moverse, y, ya en esta puerta, ya en aquella ventana, iban apareciendo semblantes medio dormidos, bocas que se abrían bostezando, ojos que se entornaban insistiendo en no acabar de despertarse. Las chimeneas, empinadas sobre las pendientes de los

tejados, aquí una, más allá otra, empezaban á lanzar al aire bocanadas de humo, que huían como pájaros que se escapan de la jaula: la vida de la familia se sentía ya dentro de las casas.

De pronto, este movimiento lento y perezoso de una población que despierta, se aumentó extraordinariamente; las puertas se abrían con precipitación, y por las ventanas asomaban cabezas espeluznadas, llenas de curiosidad y de espanto. Los vecinos se preguntaban unos á otros, y unos á medio vestir, y los más sin acordarse ni de la capa, ni de la manta, ni del sombrero, corrían todos en una misma dirección, como atraídos por una misma causa ó impulsados por una misma mano.

La guardia municipal también se había puesto en movimiento, y se hallaban tomadas las salidas del pueblo; no se permitía salir á nadie, y el que entraba quedaba prisionero.

¿Qué ocurría?...

Verdaderamente una cosa terrible.

La gente corría en dirección de la Casa Azul, llamada así porque era el color dominante en los adornos de la fachada. Los centinelas, colocados en los cuatro ángulos del edificio, apenas podían contener á la multitud que lo rodeaba. Se hallaba situada la Casa Azul á la salida del pueblo, y en medio de un jardín cerrado por una verja de hierro. Toda su fábrica consistía en un

solo piso, dividido en dos cuerpos por un pórtico, que venían á ser dos casas unidas por un mismo techo. De las ventanas rasgadas, con antepechos de hierro pintados de azul, pendían persianas de cortina, también azules. En esta casa vivía, como un pájaro en su nido, la viuda del viejo americano, y en aquella mañana de Abril, en que la naturaleza sonreía por todas partes, la hija de los Guillenes había amanecido asesinada en su propio lecho.

El horror se pintaba en todos los semblantes, y la consternación era unánime; pero en la parte más pobre del pueblo, en esa tierra humana menos ingrata y acaso más noble de lo que se cree, donde Rosalía había sembrado muchos beneficios, el furor era inmenso. Las mujeres lloraban desesperadas, los niños gemían asustados, y los hombres, rugiendo como los volcanes que empiezan á hervir, levantaban los ojos al cielo pidiendo justicia, y tendían los brazos buscando al asesino.

¿Cómo se había consumado tan horrendo crimen?... Si hubiéramos de atenernos á las diferentes versiones que corrían de boca en boca, acabaríamos por perdernos en un laberinto sin salida. Para saber los detalles más principales, tenemos que atenernos á las primeras instrucciones del sumario. El Juez, noticioso del suceso, acudió apresuradamente, tal vez pensando que

no sería verdad lo que le decían. Entró en la casa, y penetró en el dormitorio de Rosalía.... La ventana estaba abierta, y el cadáver de la infeliz viuda, bañado en su propia sangre, daba horrible testimonio del delito. No tenía más que una herida estrecha abierta sobre el corazón.... Para asestar esta profunda puñalada, el asesino tuvo que levantar la ropa de la cama, que debía cubrir el pecho de la víctima. Según el reconocimiento facultativo, la herida era mortal de necesidad, y debió causarle una muerte casi instantánea. No había señal ninguna de resistencia ni defensa por parte de la víctima. Era casi evidente que había sido sorprendida durmiendo, y que había pasado en un instante del sueño á la muerte. Á través de los párpados entreabiertos, se veían sus pupilas fijas y aterradas, y su boca, ligeramente contraída, parecía que iba á pronunciar una palabra.

En los muebles no se advertía ningún desorden. Solamente un cantarano de nogal se veía abierto con su propia llave, y dos cajones, que sin duda contenían algo, se hallaban vacíos. Al pie de este mueble brillaba una moneda de oro, y al pie de la ventana otra. Estos pormenores acusaban un doble crimen: asesinato y robo.

La primera declaración fué la de la criada que más inmediatamente servía á la viuda, una pobre muchacha nacida en la casa, y que era públi-

co y notorio que quería á su ama más que á su madre; y, en efecto, se hallaba más muerta que viva, y había que sujetarla, porque se retorció en continuas convulsiones.

Su declaración fué esta:

Que la noche anterior su ama se había recogido temprano, porque no había tenido ninguna visita; que ella se acostó después en su cuarto, inmediato al de su señora. Que le costó mucho trabajo dormirse, porque tenía un peso muy grande en el corazón; pero que al fin consiguió coger el sueño. Que se despertó muy temprano, y entró en el tocador de su señora, y viendo que salía luz por debajo de la puerta que daba al dormitorio de su ama, creyó que se habría levantado, y fué á entrar, encontrando que la puerta no se abría, por tener el pasador echado por dentro. Que entonces dió la vuelta para entrar por la sala grande, y entró, encontrando á su ama asesinada, y que cayó sin sentido al pie de la cama.

Las declaraciones de los demás criados de la casa se reducían á confirmar en parte la declaración anterior, añadiendo que oyeron un grito y acudieron, encontrándose al ama muerta y á Gertrudis tendida en el suelo.

Cada una de estas declaraciones estaba hecha con el terror en el semblante y las lágrimas en los ojos. El Juez, sin embargo, dispuso que fue-

sen presos todos los sirvientes de la casa é inco-
municados.

Examinados después minuciosamente todos los pormenores del teatro del crimen, se concibió la idea de que el culpable había entrado por la ventana, y por la misma ventana había salido. En las paredes se veían señales de su paso. Nada más fácil que asaltar la verja del jardín que rodeaba la casa, y trepar por la ventana. Faltaba saber si la víctima tenía costumbre de dejar abiertas las ventanas; pero Gertrudis juraba que la ventana del dormitorio estaba cerrada cuando se acostó su ama.

Se hizo un registro general en toda la casa; se examinaron los cuartos de los criados, sus ropas, sus camas; se hicieron averiguaciones de la vida y de la conducta de cada uno de ellos, y nada se sacó en limpio; el rastro del culpable se perdía entre las manos de la justicia, y las primeras indagaciones del proceso no daban luz ninguna.

Al Juez le ocurrió una idea repentina, y, haciéndose seguir del Escribano, se dirigió á la casa del primo Guillén. Tal vez le llamaba la atención que el único pariente de la víctima no se hubiese presentado en el lugar de la catástrofe. La puerta de la casa estaba abierta, y el Juez penetró en el cuarto del primo Guillén, encontrándolo en la cama, luchando con unos

cuantos amigos, que no le dejaban vestirse. El Juez examinó de una ojeada todos los pormenores de la estancia, y haciendo salir á los amigos, se quedó solo con Guillén y con el Escribano, y mirando fijamente al primero, le dijo:

—El crimen que se ha cometido es horrible.

—Horrible (repitió Guillén). Lo sé todo.

— ¡ Todo ! (exclamó el Juez.) Magnífico. Veamos.

Guillén estaba pálido, y tenía el semblante descajado. Movi6 tristemente la cabeza, y contestó, diciendo:

— Anoche me retiré temprano del casino.

— ¿ Á qué hora ? — preguntó el Juez.

— Á las nueve (le contestó). Me sentía mal, y llamé al Médico. Dispuso unos pediluvios, un sudorífico, y me encargó mucho recogimiento, porque tenía calentura, y esta mañana he sabido la terrible noticia.... He querido salir, y no me han dejado vestirme.... ¡ Mi prima asesinada y robada !.... Todavía no quiero creerlo.

El Juez elevó el labio superior en actitud reflexiva, mientras que sus ojos recorrían la habitación, como si hubiese entablado un interrogatorio mudo con los muebles. Después salió de la estancia, y examinó una á una á las personas de la casa, que consistían en un mozo de mulas, una mujer del campo que guisaba, barría y fregabá, y en una anciana que había sido nodriza

de la madre del primo Guillén. Estas tres declaraciones, las del Médico y los amigos, confirmaron la del enfermo, y el Juez abandonó la casa cabizbajo.... muy cabizbajo.... No veía más que sombras.

En medio de la calle lo sorprendió el Alcalde, que venía en su busca todo azorado, y poniéndole la mano en el hombro con ademán triunfante, le dijo:

— ¡ Ya cayó el pájaro ! He tenido una inspiración, y dicho y hecho.

Abrió el Juez los ojos desmesuradamente, y el Alcalde añadió:

— No sólo está descubierto, sino convicto y confeso.

— ¿ Ha declarado ?... — preguntó el Juez.

— Es lo mismo, — contestó el Alcalde....

— ¿ Dónde está el reo ?.... Vamos: hay que tomarle la confesión con cargos.

— El reo (replicó la autoridad municipal) se lo ha tragado sin duda la tierra, porque no parece por ninguna parte. Ayer á media tarde salió de la fonda, dejándose su maletín y su cartera, y esta es la bendita hora en que no ha vuelto. ¿ Qué quiere decir cristiano ?....

— ¿ Pero de quién se trata ? — interrogó el Juez.

— ¡ De quién !.... La cosa está clara.... Del extranjero.... de ese criminal escapado de algún presidio de Francia. ¡ Ah ! (exclamó, mesándose

las barbas); bien sabía yo que era un malvado.... ¡Aquella cara.... aquel aire!.... Llevaba el crimen escrito en la frente. ¡Y esto es horrible!.... ¡La misma víctima fué la que detuvo el brazo de mi autoridad!....

—¡El pintor!— exclamó el Juez asombrado,

—¡Pintor! (repitió el Alcalde.) ¡Qué pintor ni qué niño muerto! Ese era el disfraz en que se ocultaba el foragido. Conquistó la confianza de la viuda, averiguó dónde tenía el dinero, se enteró de las entradas y salidas, meditó su crimen, dió el golpe, y ha desaparecido. Ahí está su maleta con cuatro camisas y su cartera con cuatro pintarrajos. Este es el hecho que salta á la vista.

Tan tremenda especie se divulgó con velocidad increíble, y la sensación fué profunda. Las gentes se miraban con ojos atónitos, y todo lo veían claro como la luz del día.

M. Germán era el ladrón y el asesino.



VI.

PROCESO.

En efecto: la autoridad municipal había puesto una pica en Flandes, porque, no cabía duda, al pintor de paisajes no se le encontraba ni vivo ni muerto. Su desaparición coincidía terriblemente con la ejecución del crimen. Una vez iluminado el proceso con este rayo de luz, partieron exhortos en todas direcciones, y mientras se esperaba la noticia de la captura del criminal, precisamente en el momento en que se disponía á pasar la frontera, en el pueblo se hacían registros domiciliarios, y, por medio de somatenes improvisados por el Alcalde, se daban en toda la jurisdicción municipal verdaderas batidas.

Crecieron los folios del sumario, se aumentó

el número de los testigos, y la popularidad del Alcalde fué viento en popa. Todo el mundo decía: « ¡Qué golpe de vista!... » Asegurada su elección en los próximos comicios, estaba seguro de eternizarse en el poder. Es verdad que á su sombra vivían y medraban muchas gentes de mal vivir, y que con el bastón sobre el tapete solía pasarse las noches enteras en el garito, tirando de la oreja á Jorge; mas, entre tanto, no se le podía negar el mérito de haber sido el primero en poner el dedo en la llaga en el pavoroso asunto del asesinato.

¿Y qué?... Nada. El tiempo corría sin detenerse por tan pequeña cosa; la infeliz viuda estaba ya pudriendo tierra, y, aunque muchas almas piadosas rezaban por su eterno descanso, y muchos ojos agradecidos la lloraban todos los días bendiciendo su memoria, el mundo, lo que llamamos mundo, que está en todas partes, lo mismo en las ciudades populosas que en los villorrios, iba poco á poco olvidando su nombre. El recuerdo de la viuda, llena de salud y de vida, se disipaba, y el horroroso cuadro de la viuda alevosamente asesinada se desvanecía....

Además, el interés dramático estaba agotado, porque evidentemente M. Germán había conseguido burlar todas las pesquisas, y á aquellas horas estaría ya en Pekín comiéndose muy tranquilo las onzas de oro robadas á la casa de los

Guillenes. ¡Qué mundo!... exclamaba el mundo hablando de sí mismo.

El proceso llegó á su término, cumpliéndose las últimas formalidades judiciales. El reo que resultaba de la instrucción del sumario era M. Germán, de origen francés, de vida ambulante, y aparentemente pintor de profesión. Cumpliendo el plazo de los últimos edictos llamándolo á juicio, se abrió la vista de la causa. En un largo informe demostró el Fiscal que no podía ser otro el culpable de tan horrendo delito. Trazó el cuadro del crimen, primero en la imaginación del reo, después en los medios de ejecución, y por último en la ejecución misma. ¡Qué exactitud! Parecía que el Fiscal lo había seguido pensamiento por pensamiento y paso á paso. Habló del gran poder de la justicia humana, que penetra en los más tenebrosos secretos, y pidió para el culpable la última pena. El Juez firmó la sentencia, fueron los autos á la Audiencia, y allí quedó confirmada la pena. M. Germán fué, por consiguiente, condenado á muerte en rebeldía.

Todo estaba hecho; sólo faltaba que el reo se presentara voluntariamente para ser condenado al suplicio, y he ahí una cosa que nadie esperaba.

En cuanto al primo Guillén, tuvo que guardar cama muchos días, y, según el médico aseguraba, lo había sacado de las garras de la

muerte. Nada más natural. Era ciertamente el único heredero de los cuantiosos bienes de la viuda; pero, así y todo, el golpe había sido terrible, y no podía oír el nombre de Germán sin estremecerse, ni el nombre de su prima sin temblar de pies á cabeza.

Débil aún por los estragos de la enfermedad, vestido de riguroso luto, atravesaba las calles del pueblo como una sombra. Pero, sea como quiera, el que vive hace vida, y al fin iba vi- viendo.

La viuda del viejo americano había muerto sin testar.... ¡Infeliz! No pensaba morir tan pronto; pero ¡ay! nadie tiene la vida en el bolsillo. El juzgado intervino en esta testamentaria *ab intestato*, y los bienes de la viuda fueron judicialmente adjudicados al primo Guillén, como único y legítimo heredero. Aquellos bienes chorreaban sangre, y Raimundo Guillén no tenía manos para cogerlos....

El cantarano abierto por la codicia del asesino contenía gruesas cantidades en alhajas y en dinero, que permanecían allí, porque el ladrón no tuvo tiempo, por lo visto, más que para vaciar dos cajones. De modo que por las puertas de la casa del primo Guillén entró un río de oro. Sin embargo, este gran consuelo no disipó la sombra de tristeza continuamente suspendida sobre la frente del heredero, y empe-

zaba á ser impertinente tanto luto de alma y de cuerpo.

El corazón humano es, por regla general, tierno, y empezaba á interesar tanta tristeza unida á tanta fortuna. Bien mirado, es una locura afligirse por las cosas que no tienen remedio, y una tontería afligirse por las que lo tienen, puesto que lo tienen. Luego.... ¡ya se ve!.... vosotros que me oís, os moriréis también, perdonadme esta franqueza, porque al fin todo el mundo se muere; y os llorarán. ¡Vaya si os llorarán!.... ¡Pero pedidle á Dios que no les caiga el premio gordo de la lotería á los que os lloren en el momento en que os estén llorando.

La fortuna tiene también sus compromisos. El primo Guillén, reducido á la cuarta pregunta, hubiera podido llorar á su prima hasta la pared de enfrente; pero el primo Guillén, rico, tiene que mirar las cosas de otra manera. Si sigue así acabará por morir; y ¿qué va á ser entonces de toda esa riqueza que la suerte ha puesto en sus manos?... El apellido que lleva le impone un deber.... el deber de casarse.

Así se explicaban algunas madres de familia, á lo cual asentían muchas jóvenes juiciosas, que no pensaban encerrar su juventud en un convento.

Realmente era un gran partido, y todo corazón de mujer medianamente sensible debía con-

moverse viéndolo, porque, en verdad, parecía haberle caído el mundo encima: ¿y cuándo?... Precisamente cuando podía ser el hombre más dichoso de la tierra. Convengamos en que esto debía partir el alma de todas las muchachas casaderas del pueblo. Siempre se distinguió la fisonomía del primo Guillén por la dureza del entrecejo; pero desde el terrible drama de la Casa Azul, la línea que marcaba su frente se había hecho más continua y más profunda.

No era, sin embargo, el león tan fiero como lo pintaban, porque no se mostraba del todo indiferente á las sonrisas que por todas partes le salían al paso; se dejaba querer, sembrando esperanzas en muchos corazones.

Por lo demás, no hacía alarde ninguno de su nueva opulencia: la misma casa, la misma mesa, los mismos criados.... todo en su vida era lo mismo que antes: sólo él era otro. Nadie diría que acababa de heredar los cuantiosos bienes de su prima. Eso sí, dentro de su casa, sin duda por distraerse, repasaba los títulos de pertenencia, examinaba los contratos de arrendamiento, y hasta, encerrado en su cuarto, solía contar una á una, formando pesados paquetes, las onzas de oro de Carlos III que del cantarano de la viuda habían pasado á su gaveta.

También, por pura distracción, y como quien no quiere la cosa, mejoraba las condiciones de

los contratos, subiendo el valor de los arrendamientos y el precio de los alquileres, pues la viuda en este punto había tenido la manga muy ancha, porque decía que también era preciso que los pobres vivieran, y todo iba manga por hombro. Por medio de estas distracciones hizo subir los productos de la herencia, en cuatro plumadas, más de la tercera parte de sus anteriores rendimientos, encontrándose con un capital de cinco millones de reales, limpio de polvo y paja, que le daba la respetable renta de quince mil duros á toca teja.

Una mañana se despertó dominado por una idea repentina. Se le había ocurrido la diablura de hacer un viaje. Ante la noticia de semejante propósito, las sonrisas más encantadoras se helaron en las bocas más bellas.

— ¡Un viaje!.... (exclamaban.) ¡Qué locura!....

— ¡Locura!.... (replicaba él.) ¿Por qué?... Los viajes instruyen, y yo necesito dar una vuelta por el mundo. El fin trágico de mi pobre prima me persigue aquí por todas partes.

Pobre la llamaba el mismo que acababa de heredarla. ¡Qué cosas tiene la lengua!....

— ¡Una vuelta por el mundo!.... (decían las madres y las hijas.) Sí, bueno está el mundo para darle vueltas. Dejar su casa, sus amigos.... su pueblo.... Vamos, eso no tiene pies ni cabe-

za.... ¿Y qué se le pierde en el mundo?... Aquí se vive.... hay paz.... todos nos conocemos, y, mal que bien, si no se siega, se espiga.

Todas estas razones habrían convencido á cualquiera; pero al primo Guillén se le había puesto el viaje entre ceja y ceja, y no lo apeaban de su idea ni á tres tirones.

Prometía volver pronto, muy pronto.... ¿Qué tenía él que hacer en el mundo?... No quería más que darle un *vistazo*.

No era cosa de atarlo como un loco, y fué preciso resignarse al contratiempo de su ausencia. Después de todo, no sería muy larga. Había prometido volver, y volvería.... ¡Bah!.... No se olvida tan fácilmente el pueblo en que se ha nacido.... Volvería.... ¡Vaya si volvería!.... Esto era una esperanza.

¿Cuántos castillos en el aire se desvanecieron ante la perspectiva de la ausencia?... ¡Quién sabe!.... ¡Se habían hecho tantos!....

El primo Guillén se iba; decididamente se iba.... Sus maletas estaban ya en la casa de la diligencia.... Suceso extraordinario: medio pueblo salió á despedirlo. Hubo sonrisas y lágrimas, abrazos y apretones de manos, y por último el mayoral subió al pescante, sonó el chasquido de la *tralla*, y el coche partió al gran trote.

Al perderse en la primera revuelta de la carretera, se agitaron muchos pañuelos. Algunas

bocas frescas y sonrosadas exclamaron con verdadera lástima:

— ¡Solo! ¡Solo por esos caminos!....

Entre tanto el proceso archivado en la escribanía del actuario esperaba con la boca abierta que el reo condenado á la última pena viniera *motu proprio* á clavarse en sus dientes.

